

Los profesores 'hueso', un verdadero lastre para la Universidad

Los docentes que suspenden a más del 90% de los examinados ralentizan la incorporación al mercado laboral y disparan el abandono y la frustración

Á. DÍAZ/A. ROJAS/A. MATEOS

Como todos los años, y los que me conocen lo saben, sólo daré el aprobado a la élite, aquellos de ustedes que borden el examen. Sólo habrá un notable, que será para el mejor del curso. El sobresaliente me lo reservo para mí, mientras que la matrícula de honor sólo pertenece a Dios». Con ese argumento justifica un profesor de Historia Antigua, curso tras curso, el altísimo número de suspensos en su asignatura, superior al 90%. No es que el temario de la asignatura sea difícil. Además, los alumnos ya saben qué preguntas va a poner en el examen, siempre las mismas desde hace 20 años. Da igual. Antes de corregir, el profesor tiene claro los porcentajes de aprobados y suspensos.

Esta historia es real, el profesor existe y los alumnos también. Pero es extrapolable a casi todas las facultades y escuelas de ingenieros de España. El llamado 'profesor hueso' no es una quimera, si no una pesadilla tangible que, esperando ganarse un supuesto prestigio o un respeto reverencial ante sus alumnos, usa los suspensos como arma arrojadiza.

Está más allá de la dificultad de una materia, de la exigencia de una universidad, de las reglas académicas. Mientras, miles de estudiantes dejan sus estudios después de perder años de esfuerzo, además de miles de euros en matrículas, en luchar contra la arbitrariedad de algunos docentes.

El asunto es tan oscuro que ni siquiera hay cifras globales. Si acaso, colectivos estudiantiles que, ante el aluvión de denuncias por el abuso de profesores con nombre y apellidos, han contabilizado y criticado estas prácticas. Tampoco existen resortes para vigilar o penalizar a un docente que suspenda por sistema a un alto porcentaje de alumnos. Si acaso, alguna iniciativa local, como la de la Universidad de Vigo, que creó un plan para reducir el alto número de abandonos. O la de Oviedo, que facilita el título a alumnos que se han quedado colgados con una materia durante años.

El profesor francés André Antibi es el único que ha estudiado el problema y sus nefastas consecuencias. Al fenómeno lo bautizó como 'La constante macabra' y escribió un libro con el mismo título. «El mayor trastorno es la desmotivación del alumnado», asegura. «El trabajo de un docente no es seleccionar a los mejores, si no que la gente aprenda. Cuando suspende un 95% de los estudiantes presentados, el problema no es de los alumnos, si no del profesor».

En todas las carreras hay asignaturas malditas: Enfermería Comunitaria II en una universidad murciana, Medio Físico en Sevilla, Economía de Empresa en Valladolid, Cálculo, de primero de Industriales, Óptica, en varios centros españoles... Todas ellas han sido denunciadas por distintos consejos de alumnos ante los insostenibles porcentajes de suspensos que arrojaban.

Un catedrático de la Politécnica de Madrid (UPM), la que por estadísticas es una de las escuelas de ingenieros más duras de España, asegura que es «un auténtico fraude que con dinero público haya profesionales que ralenticen, frustren y manipulen a miles de estudiantes», asegura bajo el anonimato. «Todos conocemos a docentes que lo hacen y, además, presumen de ello. Es una vergüenza».

Javier, ingeniero industrial desde hace cinco años, describe a uno de estos profesores 'hueso' en Cálculo y Álgebra, de primero de carrera, cuando la criba es mayor. «Éramos 300 alumnos. Ya nos habían avisado de que el tipo era duro. El

examen era imposible, con problemas nunca vistos en clase. Aprobaron sólo cinco. Muchos de los suspensos acabaron dejando Industriales. Yo tardé cinco años en aprobarla». Y recuerda: «Con los años pude hablar con el profesor, que me confesó que era una estrategia que le superaba, que el Colegio de Ingenieros recomendaba que aprobaran la carrera a cuantas menos personas mejor para mantener la alta valoración de los profesionales, en peligro por la masificación».

Sin embargo, los responsables de la UPM y otras universidades con fama de duras no quieren oír hablar de fracaso, aunque sí reconocen que las ingenierías tienden a ser más difíciles: «No es cierto que la UPM sea una de las universidades con más fracaso. Las cifras que tenemos no son muy distintas de las que tienen otras universidades cuando se comparan, solamente, las carreras técnicas que se ofertan», argumenta Carlos Conde Lázaro, vicerrector de Ordenación Académica y Planificación Académica de la mencionada institución.

En la misma línea se muestra María Morrés, vicerrectora de Posgrado, Doctorado y Relaciones Internacionales de la Universidad Pompeu Fabra (UPF), que muestra un alto índice de tasas de abandono. «Todo indica que los estudiantes de la UPF no fracasan ni dentro ni fuera de la Universidad, sino más bien al contrario», sostiene Morrés, quien apunala su razonamiento con un dato: «El 92,9% de los graduados encuentran trabajo antes de haber terminado la carrera; de ellos, el 75% lo hace en empleos relacionados con sus estudios».

Parece claro que hay universidades que logran combinar prestigio con frustración, dando una de cal y otra de arena a sus sufridos pero, finalmente, recompensados alumnos. Pero, ¿es que no es posible quedarse con la calidad y dejar de lado abandonos y suspensos? «Todas las universidades debemos intensificar enormemente las nuevas maneras de enseñar, buscando una participación más activa de los estudiantes que, al fin y al cabo, son los actores principales de sus procesos de aprendizaje», apunta Conde Lázaro.

También Morrés cita varias medidas, recién implantadas en su Universidad: «Un plan de actuación tutorial de acompañamiento al estudiante a lo largo de la carrera, el establecimiento de centros de atención para la elaboración de trabajos y herramientas de investigación, así como un curso de introducción a la Universidad»

Desde CAMPUS hemos intentado realizar un análisis en profundidad, pero nos hemos topado con la falta de datos concretos. No existen -o si existen no son de fácil consulta- estadísticas concretas referidas a porcentajes de aprobados y suspensos, no ya por asignatura, sino siquiera por carrera. Lo más aproximado son las referencias estadísticas recogidas por la Conferencia de Rectores de Universidades Españolas, pero no son tan específicas.

En cualquier caso, aunque afecte más al área de las Enseñanzas Técnicas no es un problema específico de estas carreras. María Romero es presidenta del Consejo de Estudiantes de la Universidad de Córdoba. Allí, según explica, carreras que teóricamente de cinco años como Derecho o Veterinaria tienen una media de ocho y siete años y medio, respectivamente.

En su centro se aprobó el pasado viernes el Régimen de Permanencia de las Titulaciones, que precisamente pretende mejorar las tasas de rendimiento. Desde el momento en que entre en vigor -que teóricamente no será antes de que se aplique el nuevo modelo de grados-, los alumnos no podrán renunciar a las convocatorias una vez matriculados.

Los alumnos lo consideran injusto. «El problema es que nadie nos va a asegurar que la docencia sea lo suficientemente buena como para que el fracaso escolar sea exclusivamente responsabilidad de los alumnos», explica María Romero. A pesar de que en su centro se aplican encuestas de evaluación del profesorado, asegura que éstas no tienen una repercusión real, y pone un ejemplo: un profesor que durante

14 años seguidos a mantenido los resultados más bajos sin que cambie un ápice la situación.

De acuerdo con la visión de los alumnos de Córdoba, el nuevo régimen de permanencia está exclusivamente dirigido a mejorar las estadísticas. Y es que se mejorará la efectividad desde el punto de vista de los años que se termina en culminar los estudios pero forzosamente tendrá que aumentar la tasa de abandonos.

Uno de los escasos resortes de que disponen los alumnos es el llamado Tribunal de Compensación. Encarnación Sarriá, además de vicerrectora de Planificación Docente de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), es una fiel defensora de este procedimiento que, en sus palabras, supone «el único mecanismo de salvaguarda del propio sistema». Este tribunal puede llegar a otorgar el título a un alumno a falta de una asignatura, lo que permite evitar, en cierta manera, esas asignaturas 'hueso'.

En el caso de la UNED, las características de un centro que imparte enseñanza a distancia hacen que sea diferente. Las tasas de éxito son relativamente altas, aunque existen 17 puntos de diferencia entre las Humanidades y las Enseñanzas Técnicas. El número de aprobado es igualmente muy alto -un 75% durante el primer curso- aunque baja muchísimo el de presentados -apenas un 30% en el mismo periodo de estudios-.

En el caso de la UNED, es la figura del tutor, más que la del profesor docente, la que puede ser definitiva a la hora de determinar el fracaso de una asignatura. A pesar de que han tenido algunos casos, han sido muy pocos y es que, según explica Sarriá, los tutores suelen ser vocacionales.

Aún así, el sistema deberá generar más mecanismos de control. De lo contrario, 'la constante macabra' continuará contribuyendo a que España sea el país de Europa con las cifras más altas de abandono universitario.

(Campus – El Mundo 03/12/2008)